

LA LEALTAD.

PERIÓDICO MONÁRQUICO,

HOJA DE LOS LUNES.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Valencia, un mes, 8 rs.—Tres meses, 22.—Seis, 42.—En los demás puntos de la península: Tres meses, 28.—Seis, 54.—Un año, 104.—Extranjero: Tres meses, 12 francos.—Seis, 23.—Un año, 44. Los pagos se harán adelantados por medio de sellos de correo, libranzas ó letras de fácil cobro.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Valencia, en la Administración del periódico, calle de San Cristóbal, número 8, entreuelo; y en las librerías de Badal, plaza de la Catedral; Martí, calle de Zaragoza; y en la de Villalba, calle de la Bolsería, donde se admiten anuncios y esquelas mortuorias á precios convencionales. Toda la correspondencia se dirigirá al señor Director de LA LEALTAD.

LLANTO DE MADRE.

Hoy hace 35 años. Era el 19 de setiembre de 1846. María Santísima se apareció á los pastores en el monte de la Saleta. Esta aparición es conocida universalmente; pasó por todos los crisoles y ciferros; ha recibido la sanción de la Iglesia, de la ciencia y de todos los fieles de ambos continentes.

Y hace poco mas de dos años resonó por los ámbitos del mundo la desoleada trompeta de un órgano del infierno, vulgo periódico impío; aquella salida de tono conmovió á buenos y á malos; el resultado estaba ya previsto; sucedió lo que ha sucedido siempre desde la promesa del Paraíso; María aplastó de nuevo la cabeza de la serpiente; la aparición de la Saleta recibió mas brillo, coronación y triunfo. ¡Lucido quedó el infierno!

El *menú*, es *uniquitas* síbi.

Pero María Santísima se apareció llorando. Cierzo es que no lloraba culpas ni desgracias propias. ¿No parece á nuestros lectores que si previó María las desgracias de Francia la sobran motivos para llorar? Los hulanos paseándose libremente por ciudades populosas y plazas fortificadas; el fabuloso descredito del ejército francés; la inconcebible y vergonzosa capitulación de Sedan; Francia en poder de Gambetta, Ferry y Coustant; y Bu-Amema por Africa, y Clermont y Rochefort y Luisa Michel en puerta.

Ex-Francia, ex-Paris, ex-liberté: así decía el siglo pasado el Padre Alcobero. Melania, la pastora de la Saleta, se entretiene en borrar el nombre de Paris de los mapas que puede haber á la mano.

Lloro María. La sobran motivos para llorar. Porque sabía efectivamente las desgracias que amenazaban á Francia. Así lo dijo, pero añadió que no era solo Francia la culpada.

¡Llúrese de aquí razonablemente que no harían mal los gobernantes y los gobernados con estudiar las causas del llanto de María, y la manera de enjugar sus lágrimas. Ni se perdería nada con que todos estudiáramos las grandes lecciones de la historia, sobre todo de la contemporánea. ¿Qué ha ganado el mundo con apartarse del catolicismo?

Rehijemos el vuelo.

Lloraba María por la profanación del día festivo.

Lloraba por las blasfemias con que se vituperaba á todas horas el santo nombre del Señor.

Lloraba por la inobservancia del ayuno y la vigilia.

Meditemos un poco. Todos convenimos en que la sociedad actual necesita regenerarse; á todos nos asustan los males que lloró María, y las desgracias que han venido y amenazan venir sobre nosotros.

¿Puede regenerarse la sociedad, si no se regeneran los individuos? Imposible. ¿Tenemos los católicos mayor obligación de ello? Indudable. ¿Son buenos y legítimos católicos los que no guardan los preceptos de Dios y de la Santa Madre Iglesia? No; mi veces no, y siempre no.

¡Y hemos de reconocerlo con indecible amargura del corazón. Hay católicos que creen cuando la Iglesia cree; católicos que se llaman y blasfaman de serlo; pero que no viven como tales.

Católicos que trabajan ó permiten trabajar en los días prohibidos.

Católicos que escandalizan con palabras obscenas, con juramentos y blasfemias.

Católicos que no ayunan.

Católicos que viven amancebados.

Católicos llenos de vicios, y por cuya culpa es maldemada la Religión.

Como hay católicos que aceptan á beneficio de inventario las enseñanzas del Papa y de los Obispos, que son los únicos constituidos por el Espíritu Santo para gobernar la Iglesia de Dios.

No pasemos adelante, que el corazón chorrea sangre, como diría Balmes.

Bueno sería que los que de católicos se precian, procurasen enjugar las lágrimas de María Santísima en la Saleta. Tal vez con esto solo habría muy bastante para que no viniéran mas desgracias sobre el mundo.

Bueno sería que los católicos viviesen como Dios manda.

Bueno sería que recordasen que la fe sin obras es fe muerta.

Acordémosnos todos que á cada uno atañe la obligación de enmendarse, y que si uno se enmenda, aunque los demás no lo hagan, ha cumplido ya su deber, y está exento de responsabilidad en la presencia de Dios.

Concluámos. María Santísima llora en la Saleta. Es nuestra Madre. El hijo que impasible contempla las lágrimas de su Madre, es un ministro de ingratitude é iniquidad.—B.

EL AHORCADO DE PALO.

Legenda de cocina
por
D. GABINO TEJADO (1).

Juan el Bueno.

Éra cuando el rey D. Pedro sentía y lloraba la muerte de la Padilla, como si le hubieran quitado la sombra de su cuerpo; pasaba las noches discurrendo como un fantasma por entre los jardines de su alcázar de Sevilla, y mas de una vez en mitad del día le vieron las gentes que habitaban á orillas del Guadalquivir atrave-

(1) Esta hermosa leyenda formará parte de un libro que con el título de «Ensayos literarios» va á publicar nuestro respetable amigo el señor D. Gabino Tejado. Los lectores de LA LEALTAD verán en el envío de este trabajo inédito una muy hermosa deferencia, que el eminente académico de la lengua ha tenido para con nuestra

sar el puente, solo, sin paje ni escudero, ni mas compañía que la de su negro corcel, orgulloso de sustentar tan gallardo ginete, y dirigirse después por entre los espesos olivares que bordan de eterna verdura el cerro de Alfaraçe, vagando á merced de su cabalgadura de honzonada en honzonada y de cima en cima, pero buscando siempre la soledad y confiando para todo evento en su valor.

En medio de estos paseos solitarios asaltóle una tarde tan rúca tormenta, que á otro menos animoso que él hubiera hecho torcer el paso hacia la ciudad, ó buscar al menos un asilo donde guarecerse del viento y el granizo, que juntos con el cruzar de las exhalaciones que serpeaban encima de su cabeza, fueran bastantes á turbar el curso de sus pensamientos, á no tenerle éstos tan absorbido, que ni aun reparar le dejaron el riesgo que corría.

Mas avísalo, sin embargo, y tan leal como prudente su amigo y consejero el maestro de Santiago D. García Alvarez de Toledo, que á cierta distancia, cabalgando tambien, le seguía, se decidió á llegar á él; y en efecto, así lo hizo á tiempo que el rey se paraba en la cresta de un repecho y sacaba después de entre los pliegues de su túnica uno como escapulario que lijó llevaba en un cordón pendiente de su cuello, y en cuyo hueco debía contenerse alguna memoria de su amor pasado, según el ansia y ternura con que mil y mil veces lo besaba.

—¿Es posible, señor, le dijo el Maestre, interrumpiendo su amoroso y triste arrobamiento; es posible que de tal manera os traigan vueltas culpas, que os aventureis á venir solo y desamparado por estos peligrosos lugares? Tan escasos ó tan nobles juzgais á vuestros enemigos, que no teméis os sobrecojan y se aprovechen de vuestra soledad para hacerlos algun desaguasado? Tornad en vos, señor, y cuidad que la salud de estos atormentados y malandantes reinos no os permite disponer así de vuestra persona para dejarla á merced de los que bien no os quieren.

—Razon teneis, maestro, respondió el rey, que le habia escuchado entre confuso y mohino: la salud de mis reinos habia de ser antes que el cuidado de mis amorosas penas, y así fuer sin duda si valiese menos la perdida hermosura, que siempre fue leal para mi, y el solo amor de quien jamás tuve que castigar traiciones.

Diciendo esto, volvió á besar el relicario, y sacando un suspiro de los mas hondo del pecho, cambió repentinamente de postura y añadió con voz entre reposada y severa:

—Pero á vos, decidme, buen maestro, ¿quién os manda espíar mis pasos y seguir mis huellas cuando prohibido lo tengo á to las gentes de mi servicio?

—Señor, yo pensaba....

—Callad.—¿Pensásteis acaso que mis penas habrían amenguado mi coraje, ó gastado mis bríos, hasta el punto de que en toda ocasion no pudiera defender mi persona como siempre supe hacerlo? Traigo en el cinto mi estoque, y para ahuyentar escarmentado al que osare tocar á un pelo de mi barba, no he menester blandir lanzas ni embrazar adarga, entendiéndo?—¿Ni quién sería para tanto si levantando yo mi celada, descubriese la faz? decid.

—Señor, yo solo en vuestra pro os aconsejaba.

—¿Sé que sois leal.... No os disculpéis conmigo.

—Vuestros contrarios son tan poderosos como diestros, señor, y mas de una vez habeis probado sus arteras mañas. Hoy los teneis casi á dos pasos de vos, pues que os amenazan desde Toledo, y aun se dice que han enviado ocultamente á Sevilla para que os mate á un malandrin que por tres veces ya ha estado á punto de dejaros en la estacada. Bien os acordareis de su nombre, pues hasta su propia gente le llama «Juan el Malos». ¿No haceis memoria de él?

—Si, vive Dios, respondió D. Pedro, alzándose con ademán rabioso sobre los arribados, y haciendo crujir las piezas de su armadura.—La primera vez que tuve el mal sino de topar con ese audaz aventurero, fué diez años ha, en el torneo de Torrijos.—En mal hora le dié yo para que justase conmigo, pues en poco estubo que no me atra vesara un costado. No parecia sino que el mismo Satanás le daba bríos y aliento contra mi; porque después de haber yo vencido en buena lid á mas de diez caballeros, él solo acertó á herirme en el guardabrazo, trasapandando la manopla y descomulgándome toda la muñeca.

—Aquella herida dió mucho cuidado á vuestros servidores; pero lo mas raro del caso fué, que á poco de haberos herido desapareció vuestro contrario sin dar mas señales de sí, que decir le llamaban como ya sabéis, y aun no ha sido esa sola la vez que os ha aparecido en mal hora.... ¿os acordais del cerco de Guardamar, cuando pudisteis tomar la villa, pero no el castillo, que se os resistió á la desesperada?

—Sí, por cierto. Mala jornada fué aquella, maestro: mientras el cielo á fuerza de rayos reducía á cenizas nuestra armada, el maldito castillo hacia una defensa como si lo custodiaran legiones infernales.

—Algo de diabólico pensé yo que hubiera dentro de aquella fortaleza, cuando vela á su alcaide saltar de torre en torre y de atena en atena, como si tuviera alas, despidiendo el solo con tra vuestro pelo mas saetas y venablos que toda tra endiablada gente. Pues bien, señor, aquel alcaide supo después de nuestra derrota que se llamaba Juan el Malo.

—Ira de Dios!... de haberlo sabido antes, ni el poder del cielo lo hubiera librado de mis garros, y el castillo hubiera quedado por nosotros.

—Pues aun no fué esa la última vez que habeis tenido que hacer con ese condenado....

—Cómo!... otra vez? no recuerdo, ¿cuándo?

—Yo os diré, señor. Era Niñara de aquel exle velvisteis á ver bajo los hábitos de aquel exle comulgado clérigo, que se atrevió á entrar en nuestros reales, y os valió con que habia de mataros vuestro hermano con otros mil agüeros, que nos llenaron de espanto y de ira....

—¿Qué! ¿creéis vós que aquel profeta del in-

fierno era ese mismo hombre?... Pero cómo pudisteis conocerle no habiéndole antes visto nunca de cerca?

(Se continuará.)

EL 19 DE SETIEMBRE.

Tiempo de revueltas fué para Castilla el reinado de D. Enrique IV. Este príncipe recibia el nombre de *Impotente*, porque le imputaron un defecto de naturaleza; mas la historia critica, al aceptar del vulgo semejante denominación, lo hace en razon mas bien de su desastroso arte de gobernar.

Las privanzas á que se aficionara, el carácter veleidoso que le distinguía, sus excentricidades públicas, movieron la rebelion, nunca justificable, de los súbditos, y en la ciudad de Avila, luego del alzo criminal de su deposición del trono, se alzaron banderas por su hermano D. Alonso, el *docteno*, según el órden progresivo de los de su nombre.

No suelen apaciguarse bien las revueltas si falta el tacto de la prudencia y se cierra el corazón de los monarcas á la magnanimidad que Dios quiso les presidiera. Y D. Enrique, por carácter de ambas dotes, entregó á la fuerza de las armas la decision de muy altos destinos, y quiso domeñar así á los rebeldes, dueños de la persona y voluntad del predicho su hermano.

Y no la suerte del combate, no el ardimiento que le poseyera, no su esfuerzo valeroso ni el entusiasmo que con el ejemplo supo infundir en sus tropas durante la jornada de Olmedo, lograron arrancar el simbolo de la victoria á los que mandaba D. Alonso, príncipe digno en aquel día del trono á que le elevarán las Cortes de Castilla. El rey D. Enrique no fué vencido, pero tampoco vencedor; la batalla quedó indecisa: los bandos dieron pregua á una *contienda* que podía y debía ser fatal para el uno ó el otro, y pensando dedicarse á mas útiles empresas, pareció que aguardaban la espresion solemne de la voluntad de Dios.

No fué tardía la señal. Quiérese que por un crimen, tiénesse por más cierto que á causa de la peste, D. Alonso succumbió cuando apenas contaba los años de edad. El golpe de esta desgracia fué tan rudo para los insurrectos, como pudo serlo el de la adversa fortuna en los campos de Olmedo; y sin cabeza, sin bandera, sin nombre, ¿qué hacer? con cual representar sus esperanzas? ¿cómo encubrir su pertinacia?

Una esperanza abrigaron.—El arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo, el obispo de Sorja don Iñigo Manrique, el Marqués de Villena D. Juan Pacheco, el conde de Plasencia D. Alvaro de Zúñiga, el Maestre don Alcantara D. Gomez de Cáceres, el conde de Benavente D. Rodrigo Pimentel, el conde de Medinilla D. Pedro Puerto-Carrero, el conde de Paredes D. Rodrigo Manrique, Diego Lopez de Estúñiga, Gonzalo de Saavedra, Alvaro Gomez y otros caballeros de menor estado trajeron desde Arevalo á Avila á la infanta Isabel, hermana del D. Enrique y del difunto D. Alonso, y allí instaron de persuadir á que tomase el nombre y autoridad de Reina.

La magnánima jóven de los diez y ocho años que ya tan pronto debia afrontar peligros grandes, resolver asuntos áridos y salvarse de escollo tamaño, rebués la oferta, esquivó con modestia el puesto que con arrogancia otros pretendían, y encauzó los ánimos por el buen deseo de paz. Y de su discurso hermoso, Mariana produce la síntesis; y pues es bueno recrear el espíritu en las concepciones dulces de la bonanza, oigamos las palabras que el historiador pone en sus labios, al responder las representaciones que se le hacían:

«Yo os agradezco mucho esta voluntad y afición que mostrais á mi servicio, y deseo poder en algun tiempo gratificarla; pero aunque la voluntad es buena, que estos vuestros intentos no agradan á Dios, dá bien á entender la muerte de mi hermano mal logrado. Los que desean cosas nuevas y mudanza de estado, ¿qué otra cosa acarrear al mundo sino males mas graves, parcialidades, discordias, guerras? Por los evitar no sera mejor disimular cualquier otro daño? Ni la naturaleza de las cosas, ni la razon de mandar, sufre que haya dos reyes. Ningun fruto hay temprano y sin sazón que dure mucho: yo deseo que el reino me venga muy tarde para que la vida del rey sea mas larga y su majestad mas durable. Primero es menester que él sea quitado de los ojos de los hombres que yo acometida á tomar el nombre de reina. Volved, pues, el reino á D. Enrique mi hermano, y con esto restituiréis á la patria la paz. Este tendré yo por el mayor servicio que me podéis hacer, y este será el fruto mas colgado y gustoso que de esta vuestra afición podrá resultar.»

La generosidad de Isabel fué atendida por los confederados, y salvando con la fama las distancias, incluyó el ánimo de D. Enrique á la reconciliacion con sus pueblos. Habia en la lucha una causa primera, quizá principal, que era preciso desaparecerse y el interés de los súbditos lo exigía, y el honor del rey, lejos de mancharse, se salvaba al acceder.

Una princesa de Portugal, de ingrata memoria, habia unido su suerte á la del rey de España. La esposa del rey, según el común sentir y critico juicio de la historia, fué madre, pero no de hijo de rey. El fruto del amor adúltero, llamado *Juana*; la pública opinion, acusando el verdadero padre, le proclamó *Beltraneja*, y D. Enrique hubo de aclarar los clamores de su pueblo, negando á ésta, con el título de hija, el de heredera del trono.

De esta declaración arrepiñose luego; la desheredación vino á quedar por un nuevo acto del rey en la plenitud de los derechos que la legitimidad del nacimiento podía otorgar; y los pueblos, al impulso de un sentimiento honroso, guiados por los nobles que unían á aquel, quiénes el de la soberbia, quiénes el de la am-

bición, quiénes el de la envidia, casi todos el despecho, lanzáronse á cometer la ya referida degradación de Avila con sus derivaciones ya tambien apuntadas.

La reconciliacion, pues, de los pueblos con el rey, debia reconocer por principio la nueva renuncia de la paternidad de doña Juana por don Enrique; y pues la heredera directa en la sucesion del trono, era, según la ley de entonces, la princesa Isabel, y conocian sus altas dotes y sabian lo identificada que se hallaba con el pueblo y previeron su reinado fecundísimo, como consecuencia de aquel principio, procedia su reconocimiento y jura como futura reina.

Entre Cadalso y Cebreros, sobre la mitad del camino de Avila á Madrid, en un monasterio que llevaba el nombre de «Guisando» cerca de donde después se edificó el Escorial con su octava maravilla del mundo, fueron las vistas de los dos hermanos D. Enrique y doña Isabel. Y en un próximo lugar donde se alzaba unas cuestas de piedra, informes, y desfiguradas completamente ahora, representando unos toros, cuya colocacion atribuye Fr. Bourgoing, en su «Cuadro descriptivo de España», á Julio César, suponiendo que los mandó erigir en conmemoracion de una hecatombe hecha á los dioses después de cierta señalada victoria que obtuvo sobre los hijos de Pompeyo; en aquel sitio, del cual tomó nombre, se verificó la transaccion conocida en la historia por «Tratado de los toros de Guisando».

La fecha de este pacto, el 19 de setiembre de 1468.

D. Enrique IV, que con entera libertad habia habia concurrido, que con voluntad espontánea se habia determinado por la paz, que para mejor lograrla cambiara de privados, sin que ello fuera imposicion de los súbditos, que, en fin, no hizo otra cosa sino ratificar un acto voluntario primitivo, cual lo habia sido el desheredamiento de la *Beltraneja*, con la jura solemne por sucesora en el trono de su hermana Isabel, olvidó en breve todos sus favores y los beneficios del *Tratado de Guisando*.

El devolvió á la astuta doña Juana su esposa, la sombra de libertad perdida, sacándola de la guarda en que se la habia puesto el arzobispo de Sevilla; él, asistido del Consejo del marqués de Villena, ahora su favorito y cambiado de oposicion respecto al asunto de la sucesion, encerró á doña Isabel, alejando á cuantos pretendientes de su mano se presentaban; y cuando la princesa, huyendo del encierro, respondiendo á los impulsos de su corazón y al interés de sus súbditos, fué á unir su suerte á la del infante heredero de Aragón D. Fernando, uniendo así las dos monarquías, y constituyendo la verdadera nacionalidad española, el mismo D. Enrique, conculcando el artículo primero del *Tratado*, reconoció de nuevo, y bajo juramento, otra vez por su hija legítima y única heredera de su trono á Juana la *Beltraneja* (1470).

Este nuevo acto, producto del despecho, fué ratificado en su testamento cuatro años después, al espirar, afectado por la muerte casi simultánea de Pacheco el de Villena. Legara, pues, don Enrique á su pueblo los horrores y desdichas de una guerra civil, si Castilla entera no mirase en el *Tratado de los Toros de Guisando*, no ya el pacto de paz con que se terminan las diferencias momentáneas, sino la regla para las sucesivas contingencias que pudiesen sobrevenir.

Y Castilla entera, ateniéndose á sus prescripciones, lejos de responder al llamamiento de Alonso V de Portugal (llamado *el Africano*) concurrió bajo las banderas de D. Fernando V de Aragón, esposo de la reina doña Isabel á rechazar en la batalla de Toro las pretensiones de aquel prometido de la *Beltraneja*. Castilla tambien en Cortes reunidas en Madrigal prestó nueva sancion al *Tratado de Guisando*.

Así, fué la permission de Dios, que este acto, á pesar de las veleidades de D. Enrique, produjo era la grandeza de España bajo la égida de la última reina de Castilla, Isabel la Católica, la magnánima, la feliz.

Turégono.

LLUM Y TENEBRES.

Dios mio, ¿dónde estabas, que no te encontré?

Teresa de Jesús.

Era un jorn de tristor y maloransa, jorn en que ma esperanza, ab ses ales ubertes s' alluntá; en que la fe pouruga y tremolosa m' ánima vagarosa hórfana y sola en la foscor deixá.

Infant plorós que á sa mareta anyora; n' áuchur qu' el pórt implora; auell que llunt son nu perdut se veu, flor que pera son cauer en la plana un raig de sol demana, mon esperit nafrat buscaba á Deu.

Vaig córrer á la gòtica capella remembrant que desde ella ma infantil oració muntaba al cel, y ab ses ales bruneses trasapaba eixa bóveda blava del etèrnat tabernacle mistich véi.

Y agenollat sobre la pedra dura d' antiga sepultura entre l' incens q' al cel obri camí fetes mes ulls en lo dorat mon cantich solitari á Deu buscá, mes já no estava allí.

¿A hont será Deu? mon ánima dolenta se preguntaba, ¿ahont senta son trono avuy de gloria y magestat? y ab afany per la plana y per la serra busquí á Deu en la terra com busca el presoner la libbertat.

Y el vent que marmolaba en el boscaje, lo riu q' en son miraje tantes voltes per mi lo retratá, la mar emprensada en les arenes, tot me dia ab vents plenes: «ha pasat per así, més ja no está.»

Ua abisme tan sols á Deu pot cloure y ses portes conmourre, «sols la cencia podrá», yo me diguí; «jóbrim del infinít les amples portes, oh Cencia, ab tes mans fortes! pera trobar á Deu jóbrim camí!»

Y me mostrá un mirall, ahon asombrada s' afonsa ma mirada en el abism ahont l' infusori viu, y engrandir se y pasar vi l' existència p' el mirall de la Cencia, com les tèrboles ones d' un gran riu.

Y la invisible mónada ahont la vida amaga avergonya el mistich nu de son petit bresó; y la nèbula ardenta que flameja y allá en l' espay volteja, ahont ni alcangaria pòt la llum del sol.

Tot ab ardenta véu mel nomenaba, tot de Deu me parlaba, tot la señal portaba de sa mà, era un taller ahont marbres y escultura dihuen ab veu segura, «asi viu un artiste, mes no está.»

A tant misteri y á grandeata tanta, mon ánima s' espanta, tremolosa se abat plena de pòr, en ella se recul y ab alegria veu que Deu se sonria palpitatejante dintre del meu còr.

J. Rodriguez Guzman.

(TRADUCCION DEL LEMOSIN POR C. M.)

LUZ Y TINIEBLAS.

Dios mio, ¿dónde estabas que no te encontré?

Teresa de Jesús.

Era un día de luto y desventura; mi esperanza insegura con las alas abiertas se alejó, y la fe vacilante y temblorosa, el alma temerosa, sola, en sombras y huérfana, dejó.

Perdido niño que á su madre invocaba, bajel que el puerto toca, ave que de su hembra vuela en pos, flor que, para su cáliz, en la humberia de sol un rayo ansia, mi espíritu apenas buscó á Dios.

Corri ansioso á la gòtica capilla desde donde sencilla se alzaba en otros tiempos mi oracion, hendiendo con sus alas la azulada bóveda tachonada de eterno altar simbólico crespon,

Y prosternado sobre losa dura de antigua sepultura, del incenso á través el ara ví; mis ojos penetraron el sagrario..... estaba solitario! buscaba á Dios, y Dios no estaba allí!

Donde está Dios? mi pecho dolorido clamaba; dió escendido su trono está de gloria y magestat? y por el hondo valle y la alta sierra busqué á Dios en la tierra cual cautivo leon la libbertat.

Y el viento que en la selva murmuraba, el río que copiaba su imagen otras veces para mi, el mar encarelado que rugía, todo me repetía: Ya no está! Ya ha pasado por aquí!

Solo encerrar á Dios podrá un abismo, pensé para mi mismo, y la cencia sus puertas conmove; ¡Del Infinito muestrame las puertas de par en par abiertas, oh cencia! que á mi Dios ansio ver.

Y me mostró un espejo, y asombrada, fija en él la mirada vi al infusorio en cárcel de cristal, y agrandarse y pasar vi la existencia á través de la ciencia como un río de rápido caudal.

La mónada invisible en que la vida con rubor escocidida guarda la ignota cuna de su sér; la nebulosa ardiente que flamea y en el cielo campea allá, donde ni el sol la alcanza á ver,

